

### **“Ismael Quiles filósofo”**

Profesor de Historia de la Filosofía Antigua de la Facultad de  
Filosofía, Letras y Estudios Orientales  
Juan Bautista García Bazán

En 1949, en el Primer Congreso Nacional de Filosofía realizado en la Universidad de Cuyo, un joven sacerdote de 42 años, exponía su trabajo en la sesión dedicada a la filosofía de la existencia, junto con personalidades como Hans Georg Gadamer, Gabriel Marcel, Ludwig Landgrebe, Alberto Wagner de Reyna, entre otros<sup>1</sup>. Estamos hablando del padre Quiles que en representación de la Facultad de Filosofía y Teología del Colegio Máximo de San Miguel, disertaría sobre “La proyección final del existencialismo. El in-sistencialismo. Valoración de la filosofía existencial a través de sus últimas exigencias”. Solamente por este título puede advertirse el carácter, al mismo tiempo polémico y sugerente, de su planteo: el existencialismo —con una fraseología heideggeriana— debería *proyectarse*, es decir, situarse desde una perspectiva distinta si quería *responder con profundidad a las necesidades y problemáticas vitales de los hombres*. Se presentaba, de esta manera, *urbi et orbi*, la que sería su propia propuesta filosófico-cristiana y metafísica: el in-sistencialismo. Creo que esa exposición nos serviría para señalar los aportes de Quiles como filósofo.

Digamos, por empezar, que Quiles ya había escrito buena parte de sus obras: *La persona humana*, de 1942; *Metaphysica Generalis sive Ontologia*, de 1943; *Aristóteles, vida, escritos y doctrina*, de 1944; *Filosofía del cristianismo*, del mismo año; *San Isidoro de Sevilla. Biografía, escritos y doctrina*, de 1945; *La esencia de la filosofía tomista*, de 1947 (que sería una reelaboración al castellano de su *Metaphysica Generalis*); *Heidegger: el existencialismo de la angustia*, de 1948; *Filosofía de la religión*, de 1949; *Sartre, el existencialismo del absurdo*, del mismo año; y nuevamente de esa fecha, *Plotino o El Alma, La belleza y la contemplación: selección de las enéadas* (Adot, 1983).

Todos estos libros, que van del 42 al 49, son una muestra de los temas que manejaba, hasta ese momento, el sabio jesuita: filosofía clásica, tardoantigua, medieval y escolástica, con traducciones propias del griego y del latín; pero también, y en el campo del pensamiento contemporáneo, un conocimiento de los enfoques modernos que pasaban por Heidegger y Sartre, no ignorando las producciones de autores como Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Max Scheler o Henri Bergson (Díaz Díaz, 1998, pp. 588-598).

De una punta a la otra de esa bibliografía, tenemos la cuestión de la persona y el existencialismo, más un aspecto que consideraría clave y que no debiera pasarse por alto: el misticismo, en cierta medida oriental de Plotino, como una especie de preparación para el Quiles posterior, el que irá al encuentro del Oriente con *Filosofía budista*, de 1968; *Qué es el yoga. Filosofía, mística y técnica yogas*, de 1971; con la creación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Comparadas (ILICOO), de 1973, y con la Revista *Oriente-Occidente*, de 1980.

Con estos elementos, podemos abordar la presentación del sacerdote jesuita.

El título consignaba el programa de “una proyección final del existencialismo” y de “una valoración de la filosofía existencial”. La palabra existencia será el foco.

---

<sup>1</sup> Pueden verse las actas del congreso que están subidas en línea (<https://www.filosofia.org/mfb/1949arg.htm>).

Había dos inconvenientes a la hora de abordarla: desde lo conceptual, en tanto que los existencialistas daban por sentado el binomio 'esencia-existencia' (la existencia como la actualización de su esencia); y desde lo etimológico, es decir, desde la procedencia latina del término, como *ex-sistere* o, mejor, como *sistere-ex*, un "estar fuera" (Quiles, 1949, p. 1084). La filosofía heideggeriana se remitía al existente humano o *Dasein* en tanto que arrojado; al estado de angustia; y a la condición de abandono del hombre frente a sus posibilidades. Quiles leía al Heidegger de *Ser y Tiempo*, de 1927, pero también al de la *Carta al Humanismo*, de 1947, y reprochaba que en esa descripción no se viera solo una fase de la realidad humana, no quedando clausurada, de esta manera, la pregunta por el verdadero ser del hombre. La paradoja del *Dasein* es que para ser substancia (autónoma, individual y diferenciada de otros), debía "salir de sí" o "permanecer fuera de sí". Era necesario adoptar otro camino. Cito al padre Quiles:

...nuestras íntimas experiencias, las más vitales y las más características del 'hombre-individuo', el amor y el odio, la angustia y la dicha, la esperanza y el temor, la sensación de *ser*, de *vivir* y de *saber*, y de gozar y de hacer el bien o el mal, todo eso que es el hombre, tienen una misma, invariable dirección, fundamentalmente egocéntrica. Egocentrismo humano, que no es precisamente egoísmo, sino un ordenado y equilibrado instinto del ser individual hacia la conservación y perfeccionamiento de su propio ser (Quiles, 1949, p. 1086).

Esa dirección, que en un primer momento apelaría a un yo, el que se llamaría yo psicológico, que nuclearía el conjunto de actos de mi conciencia, revelaría otro plano, el de un yo real, metafísico: uno, autónomo, libre y limitado. Ese sentimiento antedicho de sentirse lanzado, podría leerse según la clásica sentencia *esse extra causam*, como 'un estar o un residir fuera', pero en el sentido de 'estar separado del principio o causa que lo había generado'. Por eso, estaríamos ante un primer momento, constraído a otro, la capacidad de "ensimismarse" (terminología orteguiana), de recuperar el yo auténtico a través de una interiorización. El hombre, a diferencia de los animales, cito: "está dirigido hacia afuera, pero para ser más hacia adentro, para poder afirmar su yo, frente al mundo". El carácter propio o esencial del hombre es un *in-sistere* que, al decir de Alberto Caturelli podríamos entender como un *in-se-sistere*, un ir (*in* latino) hacia adentro; hacia el sí mismo (pronombre reflexivo, *se*), y pararse establemente (verbo *stare-sisto*) (Caturelli, 2001, p. 769). La auténtica existencia, entonces, es la que tomaría posesión de ese centro o sí mismo. Pero la búsqueda no se concluiría ahí, en la *in-sistencia*, sino que estaría reclamando el paso a la Trascendencia, el Fundamento o Dios (*Sistencia* con mayúscula).

Con un juego de palabras entre *ex-sistencia* y *éx-tasis*, se refería que la existencia auténtica, en tanto que insistencia, suponía una experiencia determinada. En términos de Quiles: "la experiencia íntima de aquellos hombres que han vivido más honda y angustiosamente la búsqueda y el hallazgo de la esencia del hombre. Tales son los místicos y especialmente los místicos cristianos" (Quiles, 1949, p. 1087).

Desde este punto de vista, el existencialismo miraba solo un aspecto del hombre. Había otras críticas semejantes, en el congreso, como las de Nimio de Anquín o de Octavio Derisi. Pero Quiles intervenía con una madurez filosófica y personal que todavía sorprende, y que está reclamando el estudio de sus obras: artículos, traducciones y libros. En esta línea, me parece interesante la presencia de Plotino en la exposición del simposio.

Las emocionadas descripciones que Plotino traza del ec-stasis en que el alma llega a "estar en" el Uno y la urgencia con que reclama el renunciamiento de todo lo exterior, para contemplar en lo más interior del alma esa presencia de Dios han servido sin duda de inspiración a más de una página agustiniana, y sus frases son moldes que ha usado frecuentemente la mística cristiana para explicar sus propias experiencias (Quiles, 1949, p. 1087).

El neoplatonismo funcionaba como un puente entre su concepción de la Persona y su crítica al existencialismo —leída desde la perspectiva superadora del insitencialismo—, pero también, como la posibilidad de un acercamiento al Oriente, en tanto que la génesis del pensamiento plotiniano hundía sus raíces en la Alejandría helenística, en la que convivían judíos, cristianos y los cultos de misterio de Isis, de Mitra y del hermetismo<sup>2</sup>. Esos moldes que habrían tenido un impacto en el cristianismo, es aquello que Quiles reconocía gracias a un trabajo de las fuentes y a una reflexión de la filosofía patrística.

No es extraño que Quiles enfatice la idea de que la filosofía del neoplatónico era, eminentemente, vivencia religiosa (Quiles, 1987, p. 9). Cuando Quiles estudie las similitudes y diferencias entre la metafísica oriental y la occidental, reconocerá que lo propio del Oriente era un “método vivencial”, una búsqueda de la realización espiritual. Si bien Occidente habría practicado lo contrario, se ubicaba en ese mismo registro a Platón, Plotino y san Agustín (Quiles, (Quiles, 2009, pp. 75-78).

Todavía hay mucho por estudiar del pensamiento del padre Quiles. Puede seguirse ahondando a partir, por ejemplo, de una investigación de las fuentes, en este caso neoplatónicas. Ciertamente, su obra, es un modelo para la investigación y un patrimonio académico-cultural de la universidad, que, asimismo, *responde a las necesidades y problemáticas vitales de los hombres*.

### Referencias bibliográficas

- Adot, J. C. (1983). *Bibliografía del Padre Ismael Quiles S. J.* Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.
- Caturelli, A. (2001). *Historia de la filosofía en la Argentina. 1600-2000*. Buenos Aires: Ciudad Argentina-Universidad del Salvador.
- Díaz Díaz, G. (1998). *Hombres y documentos de la Filosofía Española*, vol. VI, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos.
- Quiles, I. (1949). “La proyección final del existencialismo. El in-sistencialismo. Valoración de la filosofía existencial a través de sus últimas exigencias” (<https://www.filosofia.org/mfb/1949arg.htm>).
- Quiles, I. (1987). *Plotino*. Buenos Aires: De Palma.
- Quiles, I. (2009). *Filosofía de lo femenino y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.

---

<sup>2</sup> “La inspiración de Plotino recibe también sus elementos de la *filosofía oriental*. Especialmente a su espíritu místico le hablaban simbólicamente los misterios de las religiones orientales, y de ellos se va a servir como símiles apropiados cuando quiera describir la llegada del alma a la cumbre y al éxtasis y a la unión suprema con Dios que está él solo en lo más íntimo del templo”. (Quiles, 1987, pp. 15-16; el resaltado es nuestro).